

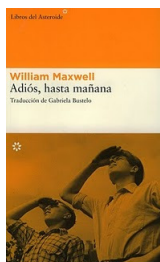
## DISCRETO LECTOR

LECTURA, ESCRITURA, LIBROS, LITERATURA

2 DE FEBRERO DE 2011

### De repente, William Maxwell

Acabo de finalizar la lectura de *Adiós, hasta mañana*, la segunda novela de William Maxwell que leo y si ya la primera, *Vinieron como golondrinas*, significó un gratisísimo descubrimiento la que he terminado ahora me ha cautivado aún más. Ambas llegaron a mí por mediación de manos amigas, fraternales, un gesto que agradezco.

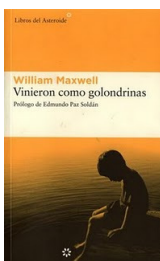


Siempre que me dispongo a comentar un texto literario, o, por mejor decir, a ensalzarlo, me asalta la duda de si seré capaz de explicar con palabras sinceras y significativas lo que su lectura ha supuesto para mí. Temo incurrir en la ramplonería o el tópico, con lo que la llamarada de sensaciones y pensamientos quedaría reducida a ceniza. También en esta ocasión me siento un tanto amilanado.

Comenzaré diciendo que una de las cualidades de la escritura literaria que más aprecio es la sutileza, la potestad de presentar lo minúsculo como algo esencial y revelador, la virtud para hacer que los lectores se interesen por las peripecias cotidianas con el mismo fervor que pueden prestar a los grandes acontecimientos históricos. Pero, ¿por qué habría de importarnos conocer las secuelas de un recuerdo adolescente que no ha dejado de gravitar en la vida de un sexagenario ni un sólo día desde que el pequeño suceso tuvo lugar, cincuenta años antes? ¿Qué puede ofrecer a los lectores la narración de un enquistado sentimiento de culpa que el narrador efectúa como un tardío acto de justicia? ¿Tan grave fue lo sucedido? ¿Acaso estamos hablando de un temible secreto, de la ocultación de un acto brutal y ominoso? No, desde luego. El suceso que ha atormentado al protagonista a lo largo de décadas es, visto desde fuera, infimo, casi ridículo, lo cual no ha evitado su presencia dolorosa.

Un gesto adolescente, impremeditado, puede determinar gravemente una vida y el relato de William Maxwell, *Adiós, hasta mañana*, evoca ese peso. Al leerlo nos sentimos reclamados de inmediato por una confesión, por el viejo temor de un hombre mayor a que el silencio acabe por destruir su necesidad de recordar. A veces, la memoria preserva infimos lugares dañados cuya reparación resulta cada vez más apremiante, si es que se aspira a alcanzar la serenidad definitiva. Es como una rozadura en un pie, liviana a primera vista, pero presente en cada paso que se da. ¿Y puede hacerse de la narración de un recuerdo, real y a la vez imaginado, una novela conmovedora, inolvidable? Sí, ése es el gran mérito de William Maxwell, convertir un episodio anecdótico en una exploración profunda de la condición humana. Cuando un escritor me hace sentir más compasivo y más interesado, cuando me conduce con delicadeza por la conciencia herida de un ser humano, cuando hace de la melancolía un modo de sondear el pasado, me siento elevado como lector. Soy capaz de entender de pronto las significaciones de la amistad, el dolor por la muerte de una madre, las incertidumbres del crecimiento, la sombra de la culpa, el anhelo de redención...

¿Y todo ello en un libro de 172 páginas? Sí. Basta esa brevedad para decir lo que esperamos siempre de la literatura: densidad, emoción, conocimiento. Y si se leen juntas ambas novelas (acabo de comenzar la tercera, *La hoja plegada*, y aún no estoy en condiciones de opinar) se percibirá un mismo estado de ánimo, aunque entre una y otra medien 43 años, y una misma voluntad de escribir como si se susurrara, como si se reclamara a los lectores una mirada deferente a las vicisitudes de la infancia. Son novelas que hablan de los niños, sí, pero van más allá: son novelas sobre las vidas dañadas, sobre las esperanzas pese a todo.



(Releo el texto y tengo de nuevo un sentimiento de insuficiencia e ineptitud. No creo haber dicho lo que quería. Lo lamento, pues William Maxwell se merecía más. Diré finalmente que gran parte de la brillantez de ambas novelas se debe a las traducciones, realmente magníficas, realizadas por Gabriela Bustelo)

DATOS PERSONALES

JUAN MATA  
GRANADA, SPAIN

Profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Granada. Ni el pressing catch ni los reality-shows ni las carreras de motos se encuentran entre mis aficiones favoritas.

VER TODO MI PERFIL

ARCHIVO DEL BLOG

▼ 2011 (6)

▼ febrero (2)

También mi voz  
De repente, William Maxwell

► enero (4)

► 2010 (56)

► 2009 (90)

► 2008 (73)

ETIQUETAS

ABRAHAM B. YEHOSHÚA (1)

Adolescencia (1)

Adriano González León (1)

AGUSTÍN PENÓN (2)

AIDAN CHAMBERS (1)

Albert Camus (1)

ALBERTO MANGUEL (1)

ALICE MUNRO (2)

Amalia Bautista (1)

AMISTAD (1)

Amnistía Internacional (1)

ANA PELEGRÍN (2)

ANARQUISMO (1)

ANDALUCÍA (1)

ANDREA VILLARRUBIA (1)

ANDRÉ DERAÏN (1)

ANIMACIÓN A LA LECTURA (1)

ANNA AJMÁTOVA (1)

ANTOINE COMPAGNON (1)

Antonio Damasio (1)

ANTONIO MACHADO (1)

Antonio Muñoz Molina (1)

Antonio Pereira (1)

Antonio Rodríguez Almodóvar (1)

APRENDIZAJE (2)

ARGELIA (1)

ARNOLD LOBEL (1)

ASTRID LINDGREN (1)

ASTRONOMÍA (1)

AUGUSTO MONTERROSO (1)

AULAS (3)

AURORA LUQUE (1)

AZAR NAFISI (1)

Baltasar Garzón (1)

Barranco de Viznar (1)

BERNHARD SCHLINK (1)

BERTA PIÑÁN (1)

Bertrand Russell (1)

BIBLIOTECA (1)

BIBLIOTECA ESCOLAR (2)

BIBLIOTECAS (1)

Bibliotecas Escolares de Galicia

(1)

Bibliotecas públicas (1)

Blas de Otero (1)

BLOG (2)

BOSNIA (1)

BUENOS AIRES (1)

BÁRBARA FIORE EDITORA (2)

C. P. Snow (1)

C. S. LEWIS (2)

CALLES (1)

CARLES ULISES MOULINES (1)

CARLO COLLODI (1)

CARMEN CONDE (1)

CARSON McCULLERS (1)

CEES NOOTEBOOM (1)

CEIP MIGUEL SERVET (1)

Cerebro (1)

CHARLES DARWIN (2)

CHARLES DICKENS (2)

CHINA (2)

CINE (1)

CLARICE LISPECTOR (1)

CLUBES DE LECTURA (1)

CRUZ ROJA (1)

Crítica literaria (2)

CUADERNOS DEL VIGÍA (1)

Cuento (4)

CÁRCELES (1)

DA.TE DANZA (1)

DANIEL PENNAC (1)

Dashiell Hammett (1)

